

# ESTADOS UNIDOS Y EL DESTINO

Por EDUARDO HARO TECLEN

CULTO A LA PERSONALIDAD.  
Si las elecciones presidenciales se realizaran hoy,  
Johnson las ganaría con facilidad.



**D**E todos los enigmas que plantea el asesinato del Presidente Kennedy, el que me parece más inquietante es el de la facilidad con que se ha aceptado la situación, la prisa por instalar el suceso en la historia sacándolo a la fuerza de la actualidad. Ha pasado casi mes y medio desde los disparos de Dallas y aún no sabemos concretamente quién mató a Kennedy y por qué le mató. Las pruebas acumuladas contra Oswald son casi definitivas: el largo informe del F. B. I. las recoge minuciosamente. Casi todas proceden de las investigaciones hechas por la policía de Dallas en las primeras horas. El F. B. I. no parece adoptarlas como concluyentes, y no determina con claridad que Oswald sea culpable. El informe que ha presentado a la comisión especial de investigación consta de cinco tomos. Tres de ellos son simplemente documentales: fotografías, cartas. En los otros dos —ciento veintisiete folios— investiga el asesinato de Kennedy y luego el de Oswald. La tendencia de esta investigación es la de demostrar que el asesinato fue obra de un loco, que a su vez fue asesinado por otro loco. No hay, no hubo complot; no hubo maquinación, ni mafia, ni comunistas, ni cubanos, ni sudistas, ni gangsters. Es decir: el doble asesinato no afecta en nada a las bases morales ni políticas de la nación: fueron dos hechos relacionados entre sí pero aislados del contexto de la vida de los Estados Unidos. Para fijar estas ideas, el F. B. I. tiene que dejar un cierto número de preguntas sin respuesta, o con una respuesta insatisfactoria: «There is no evidence», que en sencillo castellano traduciríamos por «no sabemos nada». Las dudas se plantean con respecto a la herida del cuello que «podría ser un orificio de salida», o que «podría ser simplemente causada por la traquetomía que se le practicó en el hospital». Podría ser también de un balazo hecho desde otro lugar distinto al que ocupaba Oswald —delante del coche presidencial, y no detrás—, pero no se sabe nada. En realidad, ha habido hasta fallos científicos considerables. Por ejemplo, no se supo que Kennedy había recibido en primer lugar un balazo en la espalda porque los médicos que le hicieron la primera autopsia no dieron la vuelta al cadáver, que reposaba de espaldas... El F. B. I. declara no tener evidencia de si hubo o no otro hombre junto a Oswald en la ventana fatídica —algunos testigos declararon que habían visto dos siluetas—; ni de si Oswald estuvo adiestrándose días antes en el tiro de rifle, ni de si Oswald y Ruby se conocían anteriormente. Ahora comienza una nueva investigación: la del informe del F. B. I. a cargo de la comisión Warren. Se calcula que esta comisión tardará aún

cerca de dos meses en el examen de los cinco cuadernos con tapas de plástico azul que le ha entregado el F. B. I. y que después pedirá a los agentes un suplemento de información. Toda esta lentitud, todo este retraso, no tiene más que un objeto: dejar que pase la emoción, dejar que el tema salga de la actualidad y entre en la historia. Que la solución del enigma deje de ser un acuciante asunto político para convertirse en una mera curiosidad histórica.

## adiós, kennedy

**A**L mismo tiempo, una cierta campaña va deshaciendo el culto a Kennedy, va tratando de borrar su personalidad. Ya la «National Review» se queja de que en la tumba del cementerio nacional de Arlington haya una llama eterna, honor que no merecieron Washington, Jefferson ni Lincoln —la llama sigue ardiendo desde el entierro, a excepción de un momento: cuando unos estudiantes la apagaron incidentalmente al echar agua bendita sobre la tumba—; ya hay un diputado —Morton, de Maryland— que se queja de que el nombre de Kennedy sirva para bautizar pueblos y su efigie para acuñar monedas. En realidad, el problema no es ni mucho menos el de este culto póstumo a la personalidad, sino el temor a que prevalezca la política Kennedy, a que sus ideas y sus proyectos de ley pendientes se conviertan en algo de tipo sagrado que puedan traspasar las sólidas barreras del Congreso, del Senado, amparadas bajo el manto fantasmal del mártir. La política de Kennedy chocaba con enormes intereses financieros y políticos, y quienes representan esos intereses han advertido ahora con horror que la desaparición de su enemigo iba a ser precisamente un refuerzo para esa política. Es otra razón importante para archivar la figura de Kennedy en la historia, de la misma manera que se trata de archivar el asesinato.

## la era de johnson

**P**ARALELAMENTE crece la importancia de Johnson, ese desconocido. Hasta tal punto que a los cuarenta días de su Presidencia goza de una popularidad que no llegó a alcanzar Kennedy. Un sondeo de la opinión pública realizado por «Newsweek» demuestra que si



las elecciones presidenciales se realizasen hoy, Johnson las ganaría con facilidad. Sus posibilidades si se enfrentase con Nixon son del 56 por ciento contra el 35 por ciento (9 por ciento, indecisos); contra Goldwater, del 60 por ciento contra 30 por ciento; frente a Rockefeller, de 65 por ciento contra 25 por ciento; frente a Scranton, 64 por ciento contra 24 por ciento. (Hay que recordar que en los últimos tiempos, Kennedy no tenía más que una ventaja de 56 por ciento). Puede pensarse que Johnson va a ganar las elecciones de este año, si no sobreviene un acontecimiento grave que le haga fallar. Hay quien imagina, como Peregrine Worthstone, del «Daily Telegraph», que conoce admirablemente la política americana, que estamos ante una era Johnson que puede durar hasta 1973. Sin duda tanto Johnson como las grandes fuerzas que mueven América lo calculan también así y por eso los movimientos políticos actuales de Johnson son prudentes y consisten solamente en asegurarse la popularidad para las elecciones de fin de año.

### nuevo culto

**E**N realidad, toda la prensa nacional está ahora realmente entregada al descubrimiento del desconocido y a la elaboración del culto a la personalidad. No ha habido más que una pintoresca excepción, la de la «National Review», que ha publicado uno de los editoriales más breves de la historia del periodismo. «El departamento editorial de la «National Review» lamenta comunicar que está harto del Presidente Johnson», dice el editorial. Fuera de esta excepción, todo en América son elogios. ¿Elogios a qué? Johnson apenas ha salido de su cascarón político, apenas ha pronunciado algún discurso de circunstancias. No ha tomado decisiones graves, ha continuado más o menos —más bien menos— la política de su antecesor. Los elogios, por lo tanto, van exclusivamente destinados a su personalidad. Se leen detalles de cómo se ha bañado en la piscina de la Casa Blanca y que, desde el agua, daba sus ideas a un grupo de senadores sentados en cuclillas al borde de la piscina. Se lee que ha instalado tres teléfonos con cinco líneas en su automóvil (blindado, evidentemente). Que comienza a trabajar a las seis y media de la mañana y no termina hasta la una de la

madrugada siguiente. Y se lee también la frecuente noticia de la recepción de periodistas, magnates de la prensa columnistas de la Casa Blanca, lo que podría ser una explicación de todo lo anterior. Johnson se ha distinguido toda su vida por ser un gran político profesional: los resortes de un arma tan importante —en los Estados Unidos— como la prensa no le son en absoluto desconocidos. En realidad, el espectáculo admirable que está dando estos días el Presidente Johnson es el de un profesional, el de un virtuoso de la política en plena posesión de sus medios. Sin necesidad de descubrir sus fines.

### el golpe del destino

**P**ARECE desprenderse de todo esto que la nación americana, repudiando totalmente el asesinato de Kennedy —en esto no puede haber confusión— ha llegado a la conclusión de que ha sido un golpe de suerte, que ha permitido el acceso al poder a un hombre más capacitado, más —por decirlo así— americano. Sin dudas intelectuales acerca de donde pueda estar la razón o la justicia, como parecía tenerlas Kennedy: un Presidente americano —piensan— sólo puede estar seguro de que la razón y la justicia están del lado de los intereses de Estados Unidos. Johnson parece responder a este deseo elemental del pueblo americano. Y si no del pueblo, de quienes dirigen al pueblo. Por eso todo se quiere presentar ahora como si el doble crimen de Dallas fuese algo más que una obra humana, un acto del destino para volver a Estados Unidos a su mejor situación de gloria. El destino siempre elige locos, irresponsables, para estos actos que están por encima de los sentimientos simplemente humanos... A esta luz, todo se configura, todo se explica... Muchas personas lo creen así, ahora, en Estados Unidos.

Convendría saber quiénes lo pensaron antes, quiénes creyeron que una intervención del destino en ese sentido sería útil. Si se supiera, se aclararían probablemente todos los enigmas pendientes.